

La era de la técnica

Mario C. Casalla

I. ¿Por qué llamar a la presente «era de la técnica», si técnica ha habido en otras épocas y si –junto a la técnica– existen hoy otras actividades tanto o más promocionadas que la propia técnica (la información, la política, la economía, etc.)? La pregunta no parece extraña y responderla hace a nuestro propósito, al menos de manera general e introductoria, tal cual es ésta la oportunidad¹.

Una primera respuesta transita en dos direcciones. En primer lugar responderíamos que eso que hoy denominamos *técnica*, ha desbordado su propio ámbito y cada vez más da su impronta a todas las actividades humanas, también como nunca antes. Estamos en consecuencia en medio de una *civilización técnica* y no sólo de una cultura con técnica en su interior. Por cierto que esto también, con diferentes grados de desarrollo e intereses en el conjunto planetario². En segundo lugar, hay que señalar que la propia técnica no vive el hoy como un momento más de su milenaria historia sino que –pasando por sobre lo meramente acumulativo– ha redefinido *cualitativamente* su propia esencia. Esto que llamamos hoy lo «técnico», es mucho más de lo que tradicionalmente poníamos bajo ese nombre. Sobre ambas cosas volveremos de inmediato.

II. Para comprender esto en profundidad, es de utilidad traer a la conversación aquella diferencia entre *técnica* y *esencia de la técnica* que Heidegger oportunamente apuntara con precisión³. Cuando allí se señala aquello de que –«la esencia de la técnica no es nada técnico» y se ponen en estrecha relación las nociones de esencia y de verdad (*alétheia*), queda abierto el camino de ligar directamente lo técnico (en sentido actual), con la *modernidad* y sus avatares. La técnica muestra así lo que realmente es en nuestro tiempo: la figura efectiva de la metafísica moderna de la subjetividad y no un mero instrumento de la aplicación de la ciencia. Desaparece así la distinción tajante entre ciencia/técnica en

sentido clásico; así como la supuesta oposición entre metafísica/ciencia. Desde la modernidad en adelante: la técnica gobierna a la ciencia y es, en cuanto tal, la forma que escoge la metafísica moderna para su realización. De aquí que los tiempos de la *modernidad consumada*, los umbrales de una *postmodernidad* (en sentido estricto aún no nacida), constituyan esencialmente una *era de la técnica*. El pensamiento moderno desplegado en todo su fervoroso (y agotado) esplendor, se realiza planetariamente como civilización técnica. Es decir, volviendo a los términos de aquella conferencia heideggeriana: como *provocación productiva* de la naturaleza, entendida ésta a su vez como un inmenso *depósito de mercaderías* que, mediante el *trabajo* humano, es puesta al servicio del sujeto y su deseo. Este marco filosófico es indispensable cuando hablamos hoy –en serio– sobre ciencia y tecnología. Sin embargo –y por una cuestión quizás «técnica»– no es esto precisamente lo usual.

III. La técnica está entonces ligada a nuestro más estricto presente (la modernidad consumada) pero, al mismo tiempo, es menester un *salto atrás* para adquirir otra perspectiva, también esencial. Desde ella advertimos que la técnica es también parte indisoluble de nuestra constitución como hombres, de nuestro ser. Lo técnico ha sido y es instrumento fundamental en nuestro ancestral e inacabado proceso de hominización. El filósofo venezolano Manuel Granell nos dice así que el hombre es esencialmente un «falsificador», un *tecnita*⁴. En efecto, luego de compartir los análisis existenciales sobre la quiebra del pensamiento clásico y el advenir de la modernidad, agrega algo más: ya el pasaje de lo griego a lo judeo-cristiano implica la primacía creciente de la *tecné*, de lo técnico; la supremacía del *hacer*, sobre el ser. Lo artificial pertenece así a la esencia más íntima del hombre (ex-sistir, en el sentido del «desamparo» y la intemperie) y el mandato de Dios es la realización de esa esencia por el trabajo y la técnica. Mientras que el animal goza del habitat, el hombre debe inventarlo. Es así un *resistente*, frente aquello que se le opone en su ex-sistir, y esa resistencia alimenta su permanente recurrir a tretas, artilugios y todo tipo de gracias técnicas, como formas y estrategias de supervivencias. «Toda la actividad del hombre –nos dirá Granell– consiste en *falsi-ficar*, en *arti-ficiar*». Desde su más insondable raíz

ontológica, estamos condenados a inventar, somos esencialmente *tecnitas*. Entonces no es la modernidad la que nos volvió técnicos, sino la que desbordó y colocó esa *disposición natural* del hombre sobre una muy determinada (y peligrosa) dirección, la actual. Matiz sin duda de capital importancia a la hora de evaluar e imaginar posibilidades diferentes. «Dios nos creó creadores» (tecnitas) y lejos de ser la técnica una maldición, puede ocurrir exactamente lo contrario. Dilema contemporáneo, si lo hay.

Por cierto que esto de la *tecnicidad original del hombre* está ya presente en el gran pensamiento clásico. El mito de Prometeo que Platón refiere en el *Protágoras* (320c/ 322d) es prueba bella en esa dirección. El gran Prometeo hace lo que hace, después de tomar debida cuenta de la orfandad en que nos habían dejado los dioses al repartir los dones. Es para superar esa radical orfandad humana que sustrae la *habilidad técnica* de Hefáistos y Atenea, roba el fuego motor de todas las artes y posibilitador de la vida humana sobre la tierra, siendo el primer gran ladrón y falsificador, el primer hombre libre y digno.

En esa misma dirección se inscriben las indicaciones de Aristóteles sobre la superioridad instrumental de la mano (base de toda técnica) y lo que de allí se deriva para el hombre: la posibilidad de hacerse su propio apartado dentro de la naturaleza, e incluso la posibilidad aún de prescindir de ella⁵. Por cierto, a medida que nos acercamos a la modernidad, estas posibilidades se exaltan y comienzan a ser exploradas con intensidad tan creciente, como el obstáculo que provisoriamente obtura el deseo. Circuito tan sencillo como paradigmático e inagotable.

IV. Rápidamente el tecnita se vuelve *tecnócrata* y, de allí en adelante, el paisaje se nos torna dolorosamente familiar. Saint-Simón en el siglo XIX era un rostro confiado y amable en esta dirección. Se trataba de erigir un sistema industrial, administrativo y pacifista, en reemplazo del feudal, gubernativo y militar existente. El progreso científico y técnico borraría de un plumazo, «todas las desgracias». Al grito de «todo *por* la industria, todo *para* ella», la sociedad

alcanzaría su estado ideal, alimentada científicamente por una *Escuela Politécnica* y conducida por un *Parlamento Industrial*. El futuro había comenzado.

Tras cartón, el tecnócrata se hace *tecnoburócrata* y ya estamos en los inicios de nuestro siglo XX. La pequeña fábrica cede su lugar a la gran corporación y el ingeniero Frederick Taylor publicará en 1911 los principios del «scientific management»: la técnica sobrepasa a las máquinas y entra a liderar la propia forma de producción, dividiendo funciones complejas en elementos simples y agrupando las similares, tal cual ocurre en el corazón de la mecánica. Trabajar es ahora respetar puntualmente las consignas en un punto de la cadena de producción y casi nada más. Cinta continua del taylorismo sobre la que Charles Chaplin filmará sus premonitores «Tiempos modernos».

Modelo que pronto se combinará con el de las «relaciones humanas», pergeñado por Elton Mayo en la Escuela de Comercio de Harvard: la empresa concebida como una gran «familia», donde las relaciones psicosociales entre los actores jugarán un rol decisivo en la productividad. De inmediato las ideas también pioneras de Adolf Berle y Gardiner Means, quienes en 1932 ya pronosticaban la transformación del capitalismo en los EE.UU., porque los medios de producción dejarían de ser conducidos por los propietarios, para serlo por los «expertos directivos». Tecnoburócratas que el denominado «Movimiento tecnocrático», fundado por un grupo de ingenieros, arquitectos, científicos y estadísticos del Departamento de Ingeniería Industrial de la Universidad de Columbia, elevarían a la categoría de nueva élite revolucionaria. Desconfiando del porvenir del clásico capitalismo de propietarios –y por cierto del socialismo– iniciaron una vía que tendría continuadores hasta nuestros días: la de suplantarse a aquéllos y a los políticos, por una burocracia estable, eficiente y alejada de toda ideología. En fin, una sociedad técnica, organizada y supervisada también técnicamente, en reemplazo de la «caótica e ineficiente democracia de masas».

Con mayor refinamiento formal –pero no alejado de los valores y motivaciones iniciales del grupo– el modelo llega a nuestros días a través del

neoconservadorismo lúcido de un Daniel Bell, la capacidad anticipatoria de un Zbigniew Brzezinski o el pragmatismo más elemental de un Henry Kissinger. A los cuales habría que agregar sus divulgadores europeos y latinoamericanos.

V. En síntesis, que hay como dos andariveles a recorrer y acaso interconectar. De un lado la técnica como recurso esencialmente humano frente al desamparo de la naturaleza; del otro, la evolución misma de la técnica, su historia, en punto de la cual devenimos a este momento crucial de la modernidad consumada. Por cierto que este último está ínsito en el primero; tanto como la resolución del presente técnico debe y puede abreviar en aquella tecnicidad original del hombre. Esencia del hombre y esencia de la técnica quedan así profundamente imbricadas y abiertas (dialógicamente) en este futuro planetario e incierto. De la profundidad e imaginación con que juguemos ese diálogo, es hoy tributaria la continuidad de la vida sobre el planeta. Aquella *medida* que Heráclito exigía para que el buen fuego se prenda y permanezca encendido⁶.

Lo cual, de paso, nos lleva a una última advertencia también introductoria: la necesidad de mantener una *actitud de diálogo con la técnica*, en tanto y en cuanto nuestras esencias se tocan y de esa proximidad brota –confusamente– es cierto– esta presente era de la técnica.

Frente a esta necesidad, huelgan tanto los pesimismos antitecnológicos, como los apresurados optimismos tecnologistas. Ni la técnica es producto del «demonio» y una suerte de mal irreparable que habría supuestamente interrumpido nuestro idilio con la naturaleza; ni tampoco esa panacea para todos nuestros males, que las luces de la televisión ofrecen en cuotas y sus predicadores laicos vociferan desde las tribunas de una racionalidad inocultablemente en crisis. Pensarla es todavía tarea pendiente y el lugar desde donde se lo intente también compromete y marca.

Notas

¹ Estas notas fueron pensadas como exposición inaugural al seminario «La revolución científico-tecnológica. Una perspectiva latinoamericana» de la Asoc. de Fil. Lat. y Cs. Sociales que, a lo largo de 1994, reunió a un conjunto de especialistas y sus respectivas exposiciones. Su finalidad fue entonces iniciar el diálogo y motivarlo, antes que debatir puntualmente aspectos específicos de esa revolución. De aquí su carácter expofesamente amplio e introductorio.

² Sobre estas asimetrías hemos insistido en nuestra obra *Tecnología y pobreza*. Fraternal, Buenos Aires, 1988, a ella remitimos para ampliar este punto.

³ En especial en su conferencia *La pregunta por la técnica* de 1953. Incluida en *Vorträge und Aufsätze* (Pfullingen, Neske, 1954). Hay traducción al castellano de Adolfo P. Carpio en revista *Época de Filosofía*, núm. 1, Barcelona, 1985, págs. 7-29.

⁴ Una síntesis del planteo se encuentra en su artículo «Notas sobre el tecnita», en *Escritos de Filosofía*, núm. 4, Buenos Aires, 1979, págs. 3-33. Un mayor desarrollo, en su libro *El hombre, un falsificador*, Revista de Occidente, Madrid, 1968.

⁵ Cf. Aristóteles, *De partibus animalium*, 686 b/ 687 b; y *De Anima*, 432 a. Sobre estas mismas cuestiones hay tres obras ya clásicas que amplían estos puntos: O. Spengler en *El hombre y la técnica* (Bs. As 1947), nos dice que «la técnica es la táctica de la vida entera» y que la cuádriga mano/herramienta/ojo/lenguaje explican el desarrollo de la vida humana. José Ortega y Gasset, en su *Meditación de la técnica* (Bs.As. 1945), plantea que «la técnica es la reforma de la naturaleza» y que, dado nuestro natural desamparo, somos esencialmente «creadores de artificios». Por último Lewis Mumford, en *El mito de la máquina* (Bs. As., 1967), insiste también con el hombre como original hacedor de herramientas, la primera de las cuales fue su propio estilo de pensamiento («megamáquina»).

⁶ Heráclito, *Fragmentos*, número 30, versión Diels-Kranz: «Este cosmos, uno mismo para todos los seres, no lo hizo ninguno de los dioses ni de los hombres, sino que ha sido, es y será fuego eternamente viviente, que se enciende según medidas y se apaga según medidas».